

grandes influencias para salvar la religión amenazada.

—¿En qué consiste la amenaza a la religión?— le preguntó el padre Marulanda, sonriendo socarronamente, porque sabía cómo las gastaban esas virtuosas damas en todo lo atañadero a sus creencias.

—Pero, padre, usted no sabe lo que pasa?— le preguntó la dama, haciendo aspavientos.

—No, mi señora, qué pasa para tanto susto?— preguntó a su turno el guasón tonsurado.

—Casi nada, Padre—contestó otra dama—: que a la ciudad ha llegado un masón de Centro América a fundar una logia masónica y a organizar los masones dispersos que hay aquí y que debieran estar en la cárcel.

—Talvez no en la cárcel, pero sí en el manicomio, mi señora—repuso el padre Marulanda—; pero, en todo caso, la venida de ese señor, ¿qué importa?

—¡Cómo que qué importa!—exclamó escandalizada la dama, colocándose con la encamandulada mano una cruz que le cogió desde el colodrillo hasta la mitad del voluminoso abdomen—. Que qué me importa? Ese hombre es un enviado del infierno que viene a acabar con la religión.

—Rebájele algo, mi señora—agregó el padre Marulanda riendo burlonamente.

—No rebajo nada, padre—exclamó la dama—; ese hombre viene a acabar con la religión.